

# Poemas diversos

Jorge Luis Borges

## Arte poética

Mirar el río hecho de tiempo y agua  
Y recordar que el tiempo es otro río,  
Saber que nos perdemos como el río  
Y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño  
Que sueña no soñar y que la muerte  
Que teme nuestra carne es esa muerte  
De cada noche, que se llama sueño.

Ver en el día o en el año un símbolo  
De los días del hombre y de sus años,  
Convertir el ultraje de los años  
En una música, un rumor y un símbolo,

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso  
Un triste oro, tal es la poesía  
Que es inmortal y pobre. La poesía  
Vuelve como la aurora y el ocaso.

A veces en las tardes una cara  
Nos mira desde el fondo de un espejo;  
El arte debe ser como ese espejo  
Que nos revela nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,  
Lloró de amor al divisar su Itaca  
Verde y humilde. El arte es esa Itaca  
De verde eternidad, no de prodigios.

También es como el río interminable  
Que pasa y queda y es cristal de un mismo  
Heráclito inconstante, que es el mismo  
Y es otro, como el río interminable.

## **Ewigkeit**

Torne en mi boca el verso castellano  
a decir lo que siempre está diciendo  
desde el latín de Séneca: el horrendo  
dictamen de que todo es del gusano.  
Torne a cantar la pálida ceniza,  
los fastos de la muerte y la victoria  
de esa reina retórica que pisa  
los estandartes de la vanagloria.  
No así. Lo que mi barro ha bendecido  
no lo voy a negar como un cobarde.  
Sé que una cosa no hay. Es el olvido:  
sé que en la eternidad perdura y arde  
lo mucho y lo precioso que he perdido:  
esa fragua, esa luna y esa tarde.

*Nueva antología personal*

## Amorosa anticipación

Ni la intimidad de tu frente clara como una fiesta  
ni la privanza de tu cuerpo, aún misterioso y  
tácito de niña,  
ni la sucesión de tu vida situándose en palabras o  
acallamiento  
serán favor tan misterioso  
como mirar tu sueño implicado  
en la vigilia de mis brazos.

Virgen milagrosamente otra vez por la virtud  
absolutoria del sueño,  
quieta y replandeciente como una dicha en la  
selección del recuerdo,  
me darás esa orilla de tu vida que tú misma no  
tienes.

Arrojado a quietud,  
divisaré esa playa última de tu ser  
y te veré por primera vez, quizá,  
como Dios ha de verte,  
desbaratada la ficción del tiempo,  
sin el amor, sin mí.

## Milonga de dos hermanos

Traiga cuentos la guitarra  
de cuando el fierro brillaba,  
cuentos de truco y de taba,  
de cuadreras y de copas,  
cuentos de la Costa Brava  
y el Camino de las Tropas.

Venga una historia de ayer  
que apreciarán los más lerdos;  
el destino no hace acuerdos  
y nadie se lo reproche-  
ya estoy viendo que esta noche  
vienen del Sur los recuerdos.

Velay, señores, la historia  
de los hermanos Iberra,  
hombres de amor y de guerra  
y en el peligro primeros,  
la flor de los cuchilleros  
y ahora los tapan en tierra.

Suelen al hombre perder  
la soberbia o la codicia;  
también el coraje envicia  
a quien le da noche y día;  
el que era menor debía  
más muertes a la justicia.

Cuando Juan Iberro vio  
que el menor lo aventajaba,  
la paciencia se le acaba  
y le fue tendiendo un lazo.  
Le dió muerte de un balazo,  
allá por la Costa Brava.

Así de manera fiel  
conté la historia hasta el fin;  
es la historia de Caín  
que sigue matando a Abel.

*Nueva antología personal*

## **Fundación mítica de Buenos Aires**

¿Y fue por este río de sueñera y de barro  
que las proas vinieron a fundarme la patria?  
Irían a los tumbos los barquitos pintados  
entre los camalotes de la corriente zaina.

Pensando bien la cosa, supondremos que el río  
era azulejo entonces como oriundo del cielo  
con su estrellita roja para marcar el sitio  
en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron.

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron  
por un mar que tenía cinco lunas de anchura  
y aún estaba poblado de sirenas y endriagos  
y de piedras imanes que enloquecen la brújula.

Prendieron unos ranchos trémulos en la costa,  
durmieron extrañados. Dicen que en el Riachuelo,  
pero son embelecados fraguados en la Boca.  
Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.

Una manzana entera pero en mitá del campo  
expuesta a las auroras y lluvias y suestadas.  
La manzana pareja que persiste en mi barrio:  
Guatemala, Serrano, Paraguay y Gurruchaga.

Un almacén rosado como revés de naipe  
brilló y en la trastienda conversaron un truco;  
el almacén rosado floreció en un compadre,  
ya patrón de la esquina, ya resentido y duro.

El primer organito salvaba el horizonte  
con su achacoso porte, su habanera y su gringo.  
El corralón seguro ya opinaba Yrigoyen,  
algún piano mandaba tangos de Saborido.

Una cigarrería sahumó como una rosa  
el desierto. La tarde se había ahondado en ayeres,  
los hombres compartieron un pasado ilusorio.  
Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente.

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:  
La juzgo tan eterna como el agua y como el aire.

## Laberinto

No habrá nunca una puerta. Estás adentro  
y el alcázar abarca el universo  
y no tiene ni anverso ni reverso  
ni externo muro ni secreto centro.  
No esperes que el rigor de tu camino  
que tercamente se bifurca en otro,  
que tercamente se bifurca en otro,  
tendrá fin. Es de hierro tu destino  
como tu juez. No aguardes la embestida  
del toro que es un hombre y cuya extraña  
forma plural da horror a la maraña  
de interminable piedra entretrejida.  
No existe. Nada esperes. Ni siquiera  
en el negro crepúsculo la fiera.

(De «Elogio de la sombra»)

## El laberinto

Zeus no podría desatar las redes  
de piedra que me cercan. He olvidado  
los hombres que antes fui; sigo el odiado  
camino de monótonas paredes  
que es mi destino. Rectas galerías  
que se curvan en círculos secretos  
al cabo de los años. Parapetos  
que ha agrietado la usura de los días.  
En el pálido polvo he descifrado  
rastros que temo. El aire me ha traído  
en las cóncavas tardes un bramido  
o el eco de un bramido desolado.  
Sé que en la sombra hay Otro, cuya suerte  
es fatigar las largas soledades  
que tejen y destejen este Hades  
y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.  
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera  
éste el último día de la espera.

## El guardián de los libros

Ahí están los jardines, los templos y la justificación de los templos,  
La recta música y las rectas palabras,  
Los sesenta y cuatro hexagramas,  
Los ritos que son la única sabiduría  
Que otorga el Firmamento a los hombres,  
El decoro de aquel emperador  
Cuya serenidad fue reflejada por el mundo, su espejo,  
De suerte que los campos daban sus frutos  
Y los torrentes respetaban sus márgenes,  
El unicornio herido que regresa para marcar el fin,  
Las secretas leyes eternas,  
El concierto del orbe;  
Esas cosas o su memoria están en los libros  
Que custodio en la torre.

Los tártaros vinieron del Norte  
En crinados potros pequeños;  
Aniquilaron los ejércitos  
Que el Hijo del Cielo mandó para castigar su impiedad,  
Erigieron pirámides de fuego y cortaron gargantas,  
Mataron al perverso y al justo,  
Mataron al esclavo encadenado que vigila la puerta,  
Usaron y olvidaron a las mujeres  
Y siguieron al Sur,  
Inocentes como animales de presa,  
Cruelles como cuchillos.  
En el alba dudosa  
El padre de mi padre salvó los libros.  
Aquí están en la torre donde yazgo,  
Recordando los días que fueron de otros,  
Los ajenos y antiguos.

En mis ojos no hay días. Los anaqueles  
Están muy altos y no los alcanzan mis años.  
Leguas de polvo y sueño cercan la torre.

¿A qué engañarme?  
La verdad es que nunca he sabido leer,  
Pero me consuelo pensando  
Que lo imaginado y lo pasado ya son lo mismo  
Para un hombre que ha sido  
Y que contempla lo que fue la ciudad  
Y ahora vuelve a ser el desierto.  
¿Qué me impide soñar que alguna vez  
Descifré la sabiduría  
Y dibujé con aplicada mano los símbolos?  
Mi nombre es Hsiang. Soy el que custodia los libros,  
Que acaso son los últimos,  
Porque nada sabemos del Imperio  
Y del Hijo del Cielo.  
Ahí están en los altos anaqueles,  
Cercanos y lejanos a un tiempo,  
Secretos y visibles como los astros.  
Ahí están los jardines, los templos.

## Elogio de la sombra

La vejez (tal es el nombre que los otros le dan)  
puede ser el tiempo de nuestra dicha.  
El animal ha muerto o casi ha muerto.  
Quedan el hombre y su alma.  
Vivo entre formas luminosas y vagas  
que no son aún la tiniebla.  
Buenos Aires,  
que antes se desgarraba en arrabales  
hacia la llanura incesante,  
ha vuelto a ser la Recoleta, el Retiro,  
las borrosas calles del Once  
y las precarias casas viejas  
que aún llamamos el Sur.  
Siempre en mi vida fueron demasiadas las cosas;  
Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar;  
el tiempo ha sido mi Demócrito.  
Esta penumbra es lenta y no duele;  
fluye por un manso declive  
y se parece a la eternidad.  
Mis amigos no tienen cara,  
las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años,  
las esquinas pueden ser otras,  
no hay letras en las páginas de los libros.  
Todo esto debería atemorizarme,  
pero es una dulzura, un regreso.  
De las generaciones de los textos que hay en la tierra  
sólo habré leído unos pocos,  
los que sigo leyendo en la memoria,  
leyendo y transformando.  
Del Sur, del Este, del Oeste, del Norte,  
convergen los caminos que me han traído  
a mi secreto centro.  
Esos caminos fueron ecos y pasos,

mujeres, hombres, agonías, resurrecciones,  
días y noches,  
entresueños y sueños,  
cada ínfimo instante del ayer  
y de los ayeres del mundo,  
la firme espada del danés y la luna del persa,  
los actos de los muertos,  
el compartido amor, las palabras,  
Emerson y la nieve y tantas cosas.  
Ahora puedo olvidarlas. Llego a mi centro,  
a mi álgebra y mi clave  
a mi espejo.  
Pronto sabré quién soy.

## A un poeta menor de la antología

¿Dónde está la memoria de los días  
que fueron tuyos en la tierra, y tejieron  
dicha y dolor y fueron para ti el universo?

El río numerable de los años  
los ha perdido; eres una palabra en un índice.

Dieron a otros gloria interminable los dioses,  
inscripciones y exergos y monumentos y puntuales historiadores;  
de ti sólo sabemos, oscuro amigo,  
que oíste al ruiseñor, una tarde.

Entre los asfodelos de la sombra, tu vana sombra  
pensará que los dioses han sido avaros.

Pero los días son una red de triviales miserias,  
¿y habrá suerte mejor que la ceniza  
de que está hecho el olvido?

Sobre otros arrojaron los dioses  
la inexorable luz de la gloria, que mira las entrañas y enumera las  
grietas,  
de la gloria, que acaba por ajar la rosa que venera;  
contigo fueron más piadosos, hermano.

En el éxtasis de un atardecer que no será una noche,  
oyes la voz del ruiseñor de Teócrito.

(De «El otro, el mismo»)

## El Golem

Si (como el griego afirma en el Cratilo)  
El nombre es arquetipo de la cosa,  
En las letras de *rosa* está la rosa  
Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.

Y, hecho de consonantes y vocales,  
Habrá un terrible Nombre, que la esencia  
Cifre de Dios y que la Omnipotencia  
Guarde en letras y sílabas cabales.

Adán y las estrellas lo supieron  
En el Jardín. La herrumbre del pecado  
(Dicen los cabalistas) lo ha borrado  
Y las generaciones lo perdieron.

Los artificios y el candor del hombre  
No tienen fin. Sabemos que hubo un día  
En que el pueblo de Dios buscaba el Nombre  
En las vigilias de la judería.

No a la manera de otras que una vaga  
Sombra insinúan en la vaga historia,  
Aún está verde y viva la memoria  
De Judá Leon, que era rabino en Praga.

Sediento de saber lo que Dios sabe,  
Judá León se dio a permutaciones  
de letras y a complejas variaciones  
Y al fin pronunció el Nombre que es la Clave.

La Puerta, el Eco, el Huésped y el Palacio,  
Sobre un muñeco que con torpes manos  
labró, para enseñarle los arcanos  
De las Letras, del Tiempo y del Espacio.

El simulacro alzó los soñolientos  
Párpados y vio formas y colores  
Que no entendió, perdidos en rumores  
Y ensayó temerosos movimientos.

Gradualmente se vio (como nosotros)  
Aprisionado en esta red sonora  
de Antes, Después, Ayer, Mientras, Ahora,  
Derecha, Izquierda, Yo, Tú, Aquellos, Otros.

(El cabalista que ofició de numen  
A la vasta criatura apodó Golem;  
Estas verdades las refiere Scholem  
En un docto lugar de su volumen.)

El rabí le explicaba el universo  
*"Esto es mi pie; esto el tuyo; esto la sogá."*  
Y logró, al cabo de años, que el perverso  
Barriera bien o mal la sinagoga.

Tal vez hubo un error en la grafía  
O en la articulación del Sacro Nombre;  
A pesar de tan alta hechicería,  
No aprendió a hablar el aprendiz de hombre,

Sus ojos, menos de hombre que de perro  
Y harto menos de perro que de cosa,  
Seguían al rabí por la dudosa  
penumbra de las piezas del encierro.

Algo anormal y tosco hubo en el Golem,  
Ya que a su paso el gato del rabino  
Se escondía. (Ese gato no está en Scholem  
Pero, a través del tiempo, lo adivino.)

Elevando a su Dios manos filiales,  
Las devociones de su Dios copiaba  
O, estúpido y sonriente, se ahuecaba  
En cóncavas zalemas orientales.

El rabí lo miraba con ternura  
Y con algún horror. *¿Como (se dijo)*  
*Pude engendrar este penoso hijo*  
*Y la inacción dejé, que es la cordura?*

*Por qué di en agregar a la infinita*  
*Serie un símbolo más? ¿Por qué a la vana*  
*Madeja que en lo eterno se devana,*  
*Di otra causa, otro efecto y otra cuita?*

En la hora de angustia y de luz vaga,  
En su Golem los ojos detenía.  
¿Quién nos dirá las cosas que sentía  
Dios, al mirar a su rabino en Praga?

1958

## Una rosa y Milton

De las generaciones de las rosas  
Que en el fondo del tiempo se han perdido  
Quiero que una se salve del olvido,  
Una sin marca o signo entre las cosas  
Que fueron. El destino me depara  
Este don de nombrar por vez primera  
Esa flor silenciosa, la postrera  
Rosa que Milton acercó a su cara,  
Sin verla. Oh tú bermeja o amarilla  
O blanca rosa de un jardín borrado,  
Deja mágicamente tu pasado  
Inmemorial y en este verso brilla,  
Oro, sangre o marfil o tenebrosa  
Como en sus manos, invisible rosa.

## El despertar

Entra la luz y asciendo torpemente  
De los sueños al sueño compartido  
Y las cosas recobran su debido  
Y esperado lugar y en el presente  
Converge abrumador y vasto el vago  
Ayer: las seculares migraciones  
Del pájaro y del hombre, las legiones  
Que el hierro destrozó, Roma y Cartago.  
Vuelve también la cotidiana historia:  
Mi voz, mi rostro, mi temor, mi suerte.  
¡Ah, si aquel otro despertar, la muerte,  
Me deparara un tiempo sin memoria  
De mi nombre y de todo lo que he sido!  
¡Ah, si en esa mañana hubiera olvido!

## Fragmento

Una espada,  
Una espada de hierro forjada en el frío del alba.  
Una espada con runas  
Que nadie podrá desoír ni descifrar del todo,  
Una espada del Báltico que será cantada en Nortumbria,  
Una espada que los poetas  
Igualarán al hielo y al fuego,  
Una espada que un rey dará a otro rey  
Y este rey a un sueño,  
Una espada que será leal  
Hasta una hora que ya sabe el Destino,  
Una espada que iluminará la batalla.

Una espada para la mano  
Que regirá la hermosa batalla, el tejido de hombres,  
Una espada para la mano  
Que enrojecerá los dientes del lobo  
Y el despiadado pico del cuervo,  
Una espada para la mano  
Que prodigará el oro rojo,  
Una espada para la mano  
Que dará muerte a la serpiente en su lecho de oro,  
Una espada para la mano  
Que ganará un reino y perderá un reino,  
Una espada para la mano  
Que derribará la selva de lanzas.  
Una espada para la mano de Beowulf.

## Edgar Allan Poe

Pompas del mármol, negra anatomía  
Que ultrajan los gusanos sepulcrales,  
Del triunfo de la muerte los glaciales  
Símbolos congregó. No los temía.  
Temía la otra sombra, la amorosa,  
Las comunes venturas de la gente;  
No lo cegó el metal resplandeciente  
Ni el mármol sepulcral sino la rosa.  
Como del otro lado del espejo  
Se entregó solitario a su complejo  
Destino de inventor de pesadillas.  
Quizá, del otro lado de la muerte,  
Siga erigiendo solitario y fuerte  
Espléndidas y atroces maravillas.

## Los enigmas

Yo que soy el que ahora está cantando  
Seré mañana el misterioso, el muerto,  
El morador de un mágico y desierto  
Orbe sin antes ni después ni cuándo.  
Así afirma la mística. Me creo  
Indigno del Infierno o de la Gloria,  
Pero nada predigo. Nuestra historia  
Cambia como las formas de Proteo.  
¿Qué errante laberinto, qué blancura  
Ciega de resplandor será mi suerte,  
Cuando me entregue el fin de esta aventura  
La curiosa experiencia de la muerte?  
Quiero beber su cristalino Olvido,  
Ser para siempre; pero no haber sido.

## Al vino

En el bronce de Homero resplandece tu nombre,  
Negro vino que alegras el corazón del hombre.

Siglos de siglos hace que vas de mano en mano  
Desde el ritón del griego al cuerno del germano.

En la aurora ya estabas. A las generaciones  
Les diste en el camino tu fuego y tus leones.

Junto a aquel otro río de noches y de días  
Corre el tuyo que aclaman amigos y alegrías,

Vino que como un Éufrates patriarcal y profundo  
Vas fluyendo a lo largo de la historia del mundo.

En tu cristal que vive nuestros ojos han visto  
Una roja metáfora de la sangre de Cristo.

En las arrebatadas estrofas del sufi  
Eres la cimitarra, la rosa y el rubí.

Que otros en tu Leteo beban un triste olvido;  
Yo busco en ti las fiestas del fervor compartido.

Sésamo con el cual antiguas noches abro  
Y en la dura tiniebla, dádiva y candelabro.

Vino del mutuo amor o la roja pelea,  
Alguna vez te llamaré. Que así sea.

## Soneto del vino

¿En qué reino, en qué siglo, bajo qué silenciosa  
Conjunción de los astros, en qué secreto día  
Que el mármol no ha salvado, surgió la valerosa  
Y singular idea de inventar la alegría?

Con otoños de oro la inventaron. El vino  
Fluye rojo a lo largo de las generaciones  
Como el río del tiempo y en el arduo camino  
Nos prodiga su música, su fuego y sus leones.

En la noche del júbilo o en la jornada adversa  
Exalta la alegría o mitiga el espanto  
Y el ditirambo nuevo que este día le canto

Otrora lo cantaron el árabe y el persa.  
Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia  
Como si ésta ya fuera ceniza en la memoria.

## El alquimista

Lento en el alba un joven que han gastado  
La larga reflexión y las avaras  
Vigilias considera ensimismado  
Los insomnes braseros y alquitaras.

Sabe que el oro, ese Proteo, acecha  
Bajo cualquier azar, como el destino;  
Sabe que está en el polvo del camino,  
En el arco, en el brazo y en la flecha.

En su oscura visión de un ser secreto  
Que se oculta en el astro y en el lodo,  
Late aquel otro sueño de que todo  
Es agua, que vio Tales de Mileto.

Otra visión habrá; la de un eterno  
Dios cuya ubicua faz es cada cosa,  
Que explicará el geométrico Spinoza  
En un libro más arduo que el Averno...

En los vastos confines orientales  
Del azul palidecen los planetas,  
El alquimista piensa en las secretas  
Leyes que unen planetas y metales.

Y mientras cree tocar enardecido  
El oro aquél que matará la Muerte.  
Dios, que sabe de alquimia, lo convierte  
En polvo, en nadie, en nada y en olvido.

## Poema de los dones

Nadie rebaje a lágrima o reproche  
Esta declaración de la maestría  
De Dios, que con magnífica ironía  
Me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños  
A unos ojos sin luz, que sólo pueden  
Leer en las bibliotecas de los sueños  
Los insensatos párrafos que ceden

Las albas a su afán. En vano el día  
Les prodiga sus libros infinitos,  
Arduos como los arduos manuscritos  
Que perecieron en Alejandría.

De hambre y de sed (narra una historia griega)  
Muere un rey entre fuentes y jardines;  
Yo fatigo sin rumbo los confines  
De esa alta y honda biblioteca ciega.

Enciclopedias, atlas, el Oriente  
Y el Occidente, siglos, dinastías,  
Símbolos, cosmos y cosmogonías  
Brindan los muros, pero inútilmente.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca  
Exploro con el báculo indeciso,  
Yo, que me figuraba el Paraíso  
Bajo la especie de una biblioteca.

Algo, que ciertamente no se nombra  
Con la palabra *azar*, rige estas cosas;  
Otro ya recibió en otras borrosas  
Tardes los muchos libros y la sombra.

Al errar por las lentas galerías  
Suelo sentir con vago horror sagrado  
Que soy el otro, el muerto, que habrá dado  
Los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema  
De un yo plural y de una sola sombra?  
¿Qué importa la palabra que me nombra  
si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido  
Mundo que se deforma y que se apaga  
En una pálida ceniza vaga  
Que se parece al sueño y al olvido.

(De «El Hacedor»)

## Otro poema de los dones

Gracias quiero dar al divino  
Laberinto de los efectos y de las causas  
Por la diversidad de las criaturas  
Que forman este singular universo,  
Por la razón, que no cesará de soñar  
Con un plano del laberinto,  
Por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises,  
Por el amor, que nos deja ver a los otros  
Como los ve la divinidad,  
Por el firme diamante y el agua suelta,  
Por el álgebra, palacio de precisos cristales,  
Por las místicas monedas de Ángel Silesio,  
Por Schopenhauer,  
Que acaso descifró el universo,  
Por el fulgor del fuego  
Que ningún ser humano puede mirar sin un asombro antiguo,  
Por la caoba, el cedro y el sándalo,  
Por el pan y la sal,  
Por el misterio de la rosa  
Que prodiga color y que no lo ve,  
Por ciertas vísperas y días de 1955,  
Por los duros troperos que en la llanura  
Arrean los animales y el alba,  
Por la mañana en Montevideo,  
Por el arte de la amistad,  
Por el último día de Sócrates,  
Por las palabras que en un crepúsculo se dijeron  
De una cruz a otra cruz,  
Por aquel sueño del Islam que abarco  
Mil noches y una noche,  
Por aquel otro sueño del infierno,  
De la torre del fuego que purifica  
Y de las esferas gloriosas,  
Por Swedenborg,

Que conversaba con los ángeles en las calles de Londres,  
Por los ríos secretos e inmemoriales  
Que convergen en mí,  
Por el idioma que, hace siglos, hablé en Nortumbria,  
Por la espada y el arpa de los sajones,  
Por el mar, que es un desierto resplandeciente  
Y una cifra de cosas que no sabemos  
Y un epitafio de los vikings,  
Por la música verbal de Inglaterra,  
Por la música verbal de Alemania,  
Por el oro, que relumbra en los versos,  
Por el épico invierno,  
Por el nombre de un libro que no he leído:  
*Gesta Dei per Francos*,  
Por Verlaine, inocente como los pájaros,  
Por el prisma de cristal y la pesa de bronce,  
Por las rayas del tigre,  
Por las altas torres de San Francisco y de la isla de Manhattan,  
Por la mañana en Texas,  
Por aquel sevillano que redactó la Epístola Moral  
Y cuyo nombre, como él hubiera preferido, ignoramos,  
Por Séneca y Lucano, de Córdoba,  
Que antes del español escribieron  
Toda la literatura española,  
Por el geométrico y bizarro ajedrez,  
Por la tortuga de Zenón y el mapa de Royce,  
Por el olor medicinal de los eucaliptos,  
Por el lenguaje, que puede simular la sabiduría,  
Por el olvido, que anula o modifica el pasado,  
Por la costumbre,  
Que nos repite y nos confirma como un espejo,  
Por la mañana, que nos depara la ilusión de un principio,  
Por la noche, su tiniebla y su astronomía.  
Por el valor y la felicidad de los otros,  
Por la patria, sentida en los jazmines  
O en una vieja espada,  
Por Whitman y Francisco de Asís, que ya escribieron el poema,  
Por el hecho de que el poema es inagotable  
Y se confunde con la suma de las criaturas  
Y no llegará jamás al último verso

Y varía según los hombres,  
Por Frances Haslam, que pidió perdón a sus hijos  
Por morir tan despacio,  
Por los minutos que preceden al sueño,  
Por el sueño y la muerte,  
Esos dos tesoros ocultos,  
Por los íntimos dones que no enumero,  
Por la música, misteriosa forma del tiempo.

## Oda escrita en 1966

Nadie es la patria. Ni siquiera el jinete  
Que, alto en el alba de una plaza desierta,  
Rige un corcel de bronce por el tiempo,  
Ni los otros que miran desde el mármol,  
Ni los que prodigaron su bélica ceniza  
Por los campos de América  
O dejaron un verso o una hazaña  
O la memoria de una vida cabal  
En el justo ejercicio de los días.  
Nadie es la patria. Ni siquiera los símbolos.

Nadie es la patria. Ni siquiera el tiempo  
Cargado de batallas, de espadas y de éxodos  
Y de la lenta población de regiones  
Que lindan con la aurora y el ocaso,  
Y de rostros que van envejeciendo  
En los espejos que se empañan  
Y de sufridas agonías anónimas  
Que duran hasta el alba  
Y de la telaraña de la lluvia  
Sobre negros jardines.

La patria, amigos, es un acto perpetuo  
Como el perpetuo mundo. (Si el Eterno  
Espectador dejara de soñarnos  
Un solo instante, nos fulminaría,  
Blanco y brusco relámpago, Su olvido.)  
Nadie es la patria, pero todos debemos  
Ser dignos del antiguo juramento  
Que prestaron aquellos caballeros  
De ser lo que ignoraban, argentinos,  
De ser lo que serían por el hecho  
De haber jurado en esa vieja casa.  
Somos el porvenir de esos varones,

La justificación de aquellos muertos;  
Nuestro deber es la gloriosa carga  
Que a nuestra sombra legan esas sombras  
Que debemos salvar.  
Nadie es la patria, pero todos lo somos.  
Arda en mi pecho y en el vuestro, incesante,  
Ese límpido fuego misterioso.

## El sueño

Si el sueño fuera (como dicen) una  
Tregua, un puro reposo de la mente,  
¿Por qué, si te despiertan bruscamente,  
Sientes que te han robado una fortuna?  
¿Por qué es tan triste madrugar? La hora  
Nos despoja de un don inconcebible,  
Tan íntimo que sólo es traducible  
En un sopor que la vigilia dora  
De sueños, que bien pueden ser reflejos  
Truncos de los tesoros de la sombra,  
De un orbe intemporal que no se nombra  
Y que el día deforma en sus espejos.  
¿Quién serás esta noche en el oscuro  
Sueño, del otro lado de su muro?

## El mar

Antes que el sueño (o el terror) tejiera  
Mitologías y cosmogonías,  
Antes que el tiempo se acuñara en días,  
El mar, el siempre mar, ya estaba y era.  
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento  
Y antiguo ser que roe los pilares  
De la tierra y es uno y muchos mares  
Y abismo y resplandor y azar y viento?  
Quien lo mira lo ve por vez primera,

Siempre. Con el asombro que las cosas  
Elementales dejan, las hermosas  
Tardes, la luna, el fuego de una hoguera.  
¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día  
Ulterior que sucede a la agonía.

## Cosas

El volumen caído que los otros  
Ocultan en la hondura del estante  
Y que los días y las noches cubren  
De lento polvo silencioso. El ancla  
De Sidón que los mares de Inglaterra  
Oprimen en su abismo ciego y blando.  
El espejo que no repite a nadie  
Cuando la casa se ha quedado sola.  
Las limaduras de uña que dejamos  
A lo largo del tiempo y del espacio.  
El polvo indescifrable que fue Shakespeare.  
Las modificaciones de la nube.  
La simétrica rosa momentánea  
Que el azar dio una vez a los ocultos  
Cristales del pueril calidoscopio.  
Los remos de Argos, la primera nave.  
Las pisadas de arena que la ola  
Soñolienta y fatal borra en la playa.  
Los colores de Turner cuando apagan  
Las luces en la recta galería  
Y no resuena un paso en la alta noche.  
El revés del prolijo mapamundi.  
La tenue telaraña en la pirámide.  
La piedra ciega y la curiosa mano.  
El sueño que he tenido antes del alba  
Y que olvidé cuando clareaba el día.  
El principio y el fin de la epopeya  
De Finsburh, hoy unos contados versos  
De hierro, no gastado por los siglos.  
La letra inversa en el papel secante.  
La tortuga en el fondo del aljibe.  
Lo que no puede ser. El otro cuerno  
Del unicornio. El Ser que es Tres y es Uno.  
El disco triangular. El inasible

Instante en que la flecha del eleata,  
Inmóvil en el aire, da en el blanco.  
La flor entre las páginas de Bécquer.  
El péndulo que el tiempo ha detenido.  
El acero que Odín clavó en el árbol.  
El texto de las no cortadas hojas.  
El eco de los cascos de la carga  
De Junín, que de algún eterno modo  
No ha cesado y es parte de la trama.  
La sombra de Sarmiento en las aceras.  
La voz que oyó el pastor en la montaña.  
La osamenta blanqueando en el desierto.  
La bala que mató a Francisco Borges.  
El otro lado del tapiz. Las cosas  
Que nadie mira, salvo el Dios de Berkeley.

(De «El oro de los tigres»)

## La pantera

Tras los fuertes barrotes la pantera  
Repetirá el monótono camino  
Que es (pero no lo sabe) su destino  
De negra joya, aciaga y prisionera.  
Son miles las que pasan y son miles  
Las que vuelven, pero es una y eterna  
La pantera fatal que en su caverna  
Traza la recta que un eterno Aquiles  
Traza en el sueño que ha soñado el griego.  
No sabe que hay praderas y montañas  
De ciervos cuyas trémulas entrañas  
Deleitarían su apetito ciego.  
En vano es vario el orbe. La jornada  
Que cumple cada cual ya fue fijada.

## **El mar**

El mar. El joven mar. El mar de Ulises  
Y el de aquel otro Ulises que la gente  
Del Islam apodó famosamente  
Es-Sindibad del Mar. El mar de grises  
Olas de Erico el Rojo, alto en su proa.  
Y el de aquel caballero que escribía  
A la vez la epopeya y la elegía  
De su patria, en la ciénaga de Goa.  
El mar de Trafalgar. El que Inglaterra  
Cantó a lo largo de su larga historia,  
El arduo mar que ensangrentó de gloria  
En el diario ejercicio de la guerra.  
El incesante mar que en la serena  
Mañana surca la infinita arena.

## Al coyote

Durante siglos la infinita arena  
De los muchos desiertos ha sufrido  
Tus pasos numerosos y tu aullido  
De gris chacal o de insaciada hiena.  
¿Durante siglos? Miento. Esa furtiva  
Substancia, el tiempo, no te alcanza, lobo;  
Tuyo es el puro ser, tuyo el arrobo,  
Nuestra, la torpe vida sucesiva.  
Fuiste un ladrido casi imaginario  
En el confín de arena de Arizona  
Donde todo es confín, donde se encona  
Tu perdido ladrido solitario.  
Símbolo de una noche que fue mía,  
Sea tu vago espejo esta elegía.

## El oro de los tigres

Hasta la hora del ocaso amarillo  
Cuántas veces habré mirado  
Al poderoso tigre de Bengala  
Ir y venir por el predestinado camino  
Detrás de los barrotes de hierro,  
Sin sospechar que eran su cárcel.  
Después vendrían otros tigres,  
El tigre de fuego de Blake;  
Después vendrían otros oros,  
El metal amoroso que era Zeus,  
El anillo que cada nueve noches \*  
Engendra nueve anillos y éstos, nueve,  
Y no hay un fin.  
Con los años fueron dejándome  
Los otros hermosos colores  
Y ahora sólo me quedan  
La vaga luz, la inextricable sombra  
Y el oro del principio.  
Oh ponientes, oh tigres, oh fulgores  
Del mito y de la épica,  
Oh un oro más precioso, tu cabello  
Que ansían estas manos.

East Lansing, 1972.

## El reloj de arena

Está bien que se mida con la dura  
Sombra que una columna en el estío  
Arroja o con el agua de aquel río  
En que Heráclito vio nuestra locura

El tiempo, ya que al tiempo y al destino  
Se parecen los dos: la imponderable  
Sombra diurna y el curso irrevocable  
Del agua que prosigue su camino.

Está bien, pero el tiempo en los desiertos  
Otra substancia halló, suave y pesada,  
Que parece haber sido imaginada  
Para medir el tiempo de los muertos.

Surge así el alegórico instrumento  
De los grabados de los diccionarios,  
La pieza que los grises anticuarios  
Relegarán al mundo ceniciento

Del alfil desaparejo, de la espada  
Inerme, del borroso telescopio,  
Del sándalo mordido por el opio  
Del polvo, del azar y de la nada.

¿Quién no se ha demorado ante el severo  
Y tétrico instrumento que acompaña  
En la diestra del dios a la guadaña  
Y cuyas líneas repitió Durero?

Por el ápice abierto el cono inverso  
Deja caer la cautelosa arena,  
Oro gradual que se desprende y llena  
El cóncavo cristal de su universo.

Hay un agrado en observar la arcana  
Arena que resbala y que declina  
Y, a punto de caer, se arremolina  
Con una prisa que es del todo humana.

La arena de los ciclos es la misma  
E infinita es la historia de la arena;  
Así, bajo tus dichas o tu pena,  
La invulnerable eternidad se abisma.

No se detiene nunca la caída  
Yo me desangro, no el cristal. El rito  
De decantar la arena es infinito  
Y con la arena se nos va la vida.

En los minutos de la arena creo  
Sentir el tiempo cósmico: la historia  
Que encierra en sus espejos la memoria  
O que ha disuelto el mágico Leteo.

El pilar de humo y el pilar de fuego,  
Cartago y Roma y su apretada guerra,  
Simón Mago, los siete pies de tierra  
Que el rey sajón ofrece al rey noruego,

Todo lo arrastra y pierde este incansable  
Hilo sutil de arena numerosa.  
No he de salvarme yo, fortuita cosa  
De tiempo, que es materia deleznable.

## Los espejos

Yo que sentí el horror de los espejos  
No sólo ante el cristal impenetrable  
Donde acaba y empieza, inhabitable,  
un imposible espacio de reflejos

Sino ante el agua especular que imita  
El otro azul en su profundo cielo  
Que a veces raya el ilusorio vuelo  
Del ave inversa o que un temblor agita

Y ante la superficie silenciosa  
Del ébano sutil cuya tersura  
Repite como un sueño la blancura  
De un vago mármol o una vaga rosa,

Hoy, al cabo de tantos y perplejos  
Años de errar bajo la varia luna,  
Me pregunto qué azar de la fortuna  
Hizo que yo temiera los espejos.

Espejos de metal, enmascarado  
Espejo de caoba que en la bruma  
De su rojo crepúsculo disfuma  
Ese rostro que mira y es mirado,

Infinitos los veo, elementales  
Ejecutores de un antiguo pacto,  
Multiplicar el mundo como el acto  
Generativo, insomnes y fatales.

Prolongan este vano mundo incierto  
En su vertiginosa telaraña;  
A veces en la tarde los empañan  
El hálito de un hombre que no ha muerto.

Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro  
Paredes de la alcoba hay un espejo,  
Ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo  
Que arma en el alba un sigiloso teatro.

Todo acontece y nada se recuerda  
En esos gabinetes cristalinos  
Donde, como fantásticos rabinos,  
Leemos los libros de derecha a izquierda.

Claudio, rey de una tarde, rey soñado,  
No sintió que era un sueño hasta aquel día  
En que un actor mimó su felonía  
Con arte silencioso, en un tablado.

Que haya sueños es raro, que haya espejos,  
Que el usual y gastado repertorio  
De cada día incluya el ilusorio  
Orbe profundo que urden los reflejos.

Dios (he dado en pensar) pone un empeño  
En toda esa inasible arquitectura  
Que edifica la luz con la tersura  
Del cristal y la sombra con el sueño.

Dios ha creado las noches que se arman  
De sueños y las formas del espejo  
Para que el hombre sienta que es reflejo  
Y vanidad. Por eso nos alarman.

## La luna

Cuenta la historia que en aquel pasado  
Tiempo en que sucedieron tantas cosas  
Reales, imaginarias y dudosas,  
Un hombre concibió el desmesurado

Proyecto de cifrar el universo  
En un libro y con ímpetu infinito  
Erigió el alto y arduo manuscrito  
Y limó y declamó el último verso.

Gracias iba a rendir a la fortuna  
Cuando al alzar los ojos vio un bruñido  
Disco en el aire y comprendió, aturdido,  
Que se había olvidado de la luna.

La historia que he narrado aunque fingida,  
Bien puede figurar el maleficio  
De cuantos ejercemos el oficio  
De cambiar en palabras nuestra vida.

Siempre se pierde lo esencial. Es una  
Ley de toda palabra sobre el numen.  
No la sabrá eludir este resumen  
De mi largo comercio con la luna.

No sé dónde la vi por vez primera,  
Si en el cielo anterior de la doctrina  
Del griego o en la tarde que declina  
Sobre el patio del pozo y de la higuera.

Según se sabe, esta mudable vida  
Puede, entre tantas cosas, ser muy bella  
Y hubo así alguna tarde en que con ella  
Te miramos, oh luna compartida.

Más que las lunas de las noches puedo  
Recordar las del verso: la hechizada  
*Dragon moon* que da horror a la halada  
Y la luna sangrienta de Quevedo.

De otra luna de sangre y de escarlata  
Habló Juan en su libro de feroces  
Prodigios y de júbilos atroces;  
Otras más claras lunas hay de plata.

Pitágoras con sangre (narra una  
Tradicón) escribía en un espejo  
Y los hombres leían el reflejo  
En aquel otro espejo que es la luna.

De hierro hay una selva donde mora  
El alto lobo cuya extraña suerte  
Es derribar la luna y darle muerte  
Cuando enrojecza el mar la última aurora.

(Esto el Norte profético lo sabe  
Y tan bien que ese día los abiertos  
Mares del mundo infestará la nave  
Que se hace con las uñas de los muertos.)

Cuando, en Ginebra o Zürich, la fortuna  
Quiso que yo también fuera poeta,  
Me impuse, como todos, la secreta  
Obligación de definir la luna.

Con una suerte de estudiosa pena  
Agotaba modestas variaciones,  
Bajo el vivo temor de que Lugones  
Ya hubiera usado el ámbar o la arena,

De lejano marfil, de humo, de fría  
Nieve fueron las lunas que alumbraron  
Versos que ciertamente no lograron  
El arduo honor de la tipografía.

Pensaba que el poeta es aquel hombre  
Que, como el rojo Adán del Paraíso,  
Impone a cada cosa su preciso  
Y verdadero y no sabido nombre,

Ariosto me enseñó que en la dudosa  
Luna moran los sueños, lo inasible,  
El tiempo que se pierde, lo posible  
O lo imposible, que es la misma cosa.

De la Diana triforme Apolodoro  
Me dejo divisar la sombra mágica;  
Hugo me dio una hoz que era de oro,  
Y un irlandés, su negra luna trágica.

Y, mientras yo sondeaba aquella mina  
De las lunas de la mitología,  
Ahí estaba, a la vuelta de la esquina,  
La luna celestial de cada día

Sé que entre todas las palabras, una  
Hay para recordarla o figurarla.  
El secreto, a mi ver, está en usarla  
Con humildad. Es la palabra luna.

Ya no me atrevo a macular su pura  
Aparición con una imagen vana;  
La veo indescifrable y cotidiana  
Y más allá de mi literatura.

Sé que la luna o la palabra *luna*  
Es una letra que fue creada para  
La compleja escritura de esa rara  
Cosa que somos, numerosa y una.

Es uno de los símbolos que al hombre  
Da el hado o el azar para que un día  
De exaltación gloriosa o de agonía  
Pueda escribir su verdadero nombre.

## La lluvia

Bruscamente la tarde se ha aclarado  
Porque ya cae la lluvia minuciosa.  
Cae o cayó. La lluvia es una cosa  
Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado  
El tiempo en que la suerte venturosa  
Le reveló una flor llamada *rosa*  
Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales  
Alegrará en perdidos arrabales  
Las negras uvas de una parra en cierto

Patio que ya no existe. La mojada  
Tarde me trae la voz, la voz deseada,  
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.